

El hostel del laurel

Comedia en un acto

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

BUTARELLI, 50 años.

JERÓNIMO, 35 años.

LUIS, 40 años.

LUCÍA, 25 años.

ANA, 25 años.

BRÍGIDA, 70 años.

JUAN, 40 años.

INÉS, 20 años.

Descripción de escena

La acción tiene lugar en el salón de un hostel o residencia, que resulta ser la antesala del cielo, y se desarrolla en época actual.

El escenario se presenta como un lugar confortable, dotado de mobiliario moderno y de buen gusto. A la izquierda, un sofá amplio y dos sillones con un centrado ante ellos. Sobre él un interfono. A la derecha dos butacas y dos sillas rodeando otro centrado. El centro de escena es un amplio espacio libre. Junto a la pared de la izquierda un mueble biblioteca. Sillas, algún otro mueble y detalles, si caben, donde se considere oportuno.

Un arco de entrada al foro que conduce a dependencias interiores. Una puerta practicable en el lateral derecha que lleva a la calle (o al espacio, ¡vaya usted a saber!)

Escena I

BUTARELLI y JERÓNIMO, después LUIS.

Al alzarse el telón está en escena BUTARELLI que viste de «maitre», colocando una silla y como pasando revista a la correcta situación del mobiliario. Recoge unas revistas que hay sobre el sofá y las reparte ordenadas en los dos centritos. Mira a su alrededor con satisfacción.

Entra JERÓNIMO, por el pasillo central del patio de butacas. Viste traje serio. Mira el entorno con curiosidad hasta que repara en BUTARELLI.

Los breves versos que siguen los dirán ambos con un toque de exageración.

JERÓNIMO.- ¿Es el Hostal del Laurel?

BUTARELLI.- En él estáis, caballero...

JERÓNIMO.- ¿Se encuentra aquí el hostelero?

BUTARELLI.- Estáis hablando con él.

JERÓNIMO.- ¿Entonces sois Butarelli?...

BUTARELLI.- Sí, mas...
dejad el verso un momento
y emplead sólo la prosa,
no vaya a ser que la cosa
se nos trueque en un tormento.

JERÓNIMO.- ¿Quiere decir?...

BUTARELLI.- Digo que aquí los residentes no son demasiado amigos de versitos, y menos aún si, como estos, recuerdan cierta obra literaria y teatral...

JERÓNIMO.- Naturalmente se refiere al Tenorio...

BUTARELLI.- ¡Silencio! No nombre aquí a ese personaje, o tendremos algún conflicto... Y, a todo esto, ¿usted quién es?

JERÓNIMO.- Yo soy Jerónimo Zorrilla Pérez.

BUTARELLI.- Pues antes que nada me permitiré aconsejarle, en su propio beneficio, que en el futuro prescindiera aquí de hacer ostentación de sus apellidos.

JERÓNIMO.- No entiendo lo que quiere decir...

BUTARELLI.- Digo que le será de mayor provecho utilizar solamente el nombre propio.

JERÓNIMO.- ¡Ya!...

BUTARELLI.- Por motivos que sería prematuro explicarle ahora, resulta que algunos nombres, apellidos, títulos y cargos no son nada gratos en esta casa, que es por cierto la suya...

JERÓNIMO.- Muchas gracias.

BUTARELLI.- (Tras una breve pausa.) Y bien... ¿Qué tal el viaje?...

JERÓNIMO.- Si quiere que le diga la verdad, me encuentro un poco confuso en esta nueva situación, ya que aún no he tenido tiempo de pensar en todos los detalles «del viaje». (Pausa breve.) En Recepción ya me informaron de que esta residencia sería la mía, hasta que se decida por la Superioridad mi traslado a otro lugar.

BUTARELLI.- Efectivamente, aquí ya estábamos avisados y al corriente de su llegada.

JERÓNIMO.- ¡Ya ves lo que son las cosas!... El interesado sale de su casa creyendo que volverá a la hora de comer... y aquí ya saben que uno ha emprendido «el viaje sin retorno»... ¿Y tiene usted idea de cuándo será mi próximo cambio?

BUTARELLI.- Verá usted... Mas, siéntese, por favor, e indíqueme si le apetecería tomar ahora alguna cosita...

JERÓNIMO.- ¡Ah! Muy amable.

(Se sienta junto al centrado de la derecha.)

Pensándolo bien... tal vez un poleo.

BUTARELLI.- ¿Solo?

JERÓNIMO.- No. Con un chorrito de anís.

BUTARELLI.- Enseguida. **(Va al interfono y pide en voz alta.)** ¡Un poleo de borracho al salón!

(Vuelve junto a JERÓNIMO, que ha acusado la indirecta por lo del anís.)

Sería conveniente que se hiciera usted a la idea de que el tiempo aquí no cuenta para nada, ni tiene valor alguno. Sé por experiencia que al principio no es fácil acostumbrarse... Ya ve, yo llegué aquí cuando reinaba Carlos Quinto, y le aseguro que es como si hubieran pasado solo seis meses.

JERÓNIMO.- ¡Caray!... ¿Y en tanto tiempo no han podido solucionarle su situación?

BUTARELLI.- Ya le digo que aquí el tiempo no cuenta. Piense que tenemos por delante toda una eternidad.

JERÓNIMO.- **(Para sí.)** ¡Pues mira qué bien!...

(Entra por el foro LUIS, trayendo el poleo.)

LUIS.- El poleo del señor.

(Va al centrito y lo sirve. Al terminar se va por donde vino.)

JERÓNIMO.- Pues es el caso que, a pesar de circunstancias tan extraordinarias, estoy bastante satisfecho por esta decisión superior en lo referente a mi ingreso en el hostel. **(Va tomándose el poleo mientras interpreta.)** ¡Sobre todo, cuando me enteré de que aquí vivía (es un decir, claro) tan notorio grupo de residentes, que fueron en su día fuente de inspiración para el padre de mi abuelo, en su más importante obra.

BUTARELLI.- **(Con énfasis.)** *Don Juan Tenorio.*

JERÓNIMO.- **(Sorprendido.)** ¡Oiga!... ¿Pero no me había dicho que aquí no se podía nombrar...?

BUTARELLI.- ¡Hombre!... A mí personalmente no me afecta gran cosa. Zorrilla no se portó muy mal conmigo... y

además, ahora estamos solos usted y yo. No obstante, le aseguro que alguno de los compañeros que ya conocerá, por cualquier observación sobre la obra o el autor, pondrán el grito en el cielo. ¡Y nunca mejor dicho!

JERÓNIMO.- Bien. Pues espero no meter la pata, aunque yo he dedicado toda mi vida al estudio de la obra literaria de... Zorrilla, y he de declarar con convicción que nunca reparé en que hubiera incorrección alguna en el trato que dio a sus personajes...

BUTARELLI.- **(Irónico.)** ¡Hombre!, en relación a ese tema será mejor que no saque conclusiones anticipadas hasta que vaya conociendo a los demás vecinos... Y ahora me disculpará, pero falta poco para la comida y he de atender antes unas obligaciones ineludibles... Ya sabe, si me necesita para alguna cosa sólo tiene que llamarme desde el pasillo.

JERÓNIMO.- Muchas gracias.

BUTARELLI.- Hasta después entonces.

(Hace una inclinación y se va por el foro.)

JERÓNIMO.- **(Al quedar a solas.)** Pues señor. Sí que es distinto esto de como lo había imaginado. **(Pausa breve.)** Nada más lejos de aquel temor infundido en la escuela desde niños, referente a que aquí todo era tétrico y doliente... Ya ves, ¡hasta la cazallita es buena!... **(Se termina el poleo.)** Y el trato de cuanta gente me he topado hasta ahora ha sido un modelo de cortesía, incluso el administrador que no puso objeción alguna a que pudiera alojarme aquí, con la oportunidad de poder conocer a los personajes de la historia a la que he dedicado parte tan importante de mi vida. **(Doliéndose.)** Por cierto, que ahora nadie continuará mi obra allá bajo... ¡Buena faena me ha hecho el cochecito de mierda!... ¡Cualquiera podría pensar que un utilitario fuera capaz de llevar a un hombre al cielo! **(Toma una revista y empieza a hojearla despreocupadamente.)**

(Enseguida entran por el foro LUCÍA y ANA, que vienen hablando de sus cosas. Ambas visten ropa moderna de buen gusto.)

Escena II

JERÓNIMO, LUCÍA y ANA; **después** LUIS.

Las dos mujeres, sin reparar en JERÓNIMO, van hasta el sofá de la izquierda y se sientan despreocupadamente.

LUCÍA.- Y no veas la que formaron...

ANA.- Pues mira, puestas así las cosas me sabe mal habérmelo perdido, porque está claro que no todos los días se puede disfrutar de un suceso como ese. **(Hablando hacia el interfono con voz fuerte.)** ¡Chico... al salón!

(LUCÍA saca un paquete de tabaco, toma un cigarrillo y ofrecerá a ANA.)

LUCÍA.- ¿Quieres?...

ANA.- Bien. Aunque creo que estoy fumando demasiado estos días.

(Encienden y fumarán mientras hablan.)

JERÓNIMO.- **(Aparte, con curiosidad.)** ¿Quiénes serán estas mujeres de tan agradable aspecto?

(Entra LUIS muy ligero deteniéndose sumiso ante las dos.)

LUIS.- Las señoras dirán...

ANA.- Toma nota, que eres tan cerrado, que después todo lo traes cambiado.

(LUIS tomará nota.)

A mí me traes un martini no muy seco, y dos galletitas saladas de aperitivo. (A LUCÍA.) ¿Tú qué quieres?

LUCÍA.- Yo una «*Coca-Cola Light*», unas pastitas integrales y un trocito de queso desvitaminado. (Para sí.) ¡Que me estoy poniendo que no veas!... (A LUIS, agresiva.) ¿Te has enterado?

LUIS.- Sí, señora.

LUCÍA.- A ver, repítelo.

LUIS.- (Leyendo bastante mal.) Martini semiseco y galletitas para doña Lucía, y *Coca Light* con tapas de régimen para doña Ana.

ANA.- ¡Toma ya! ¿No te dije?... Eso mismo pero al revés. El martini es para mí. ¿Lo has entendido, hijo?...

LUIS.- Perdonen las señoras... No tardaré en traerlo todo...

(Hace mutis, diligente.)

LUCÍA.- Ya ves este, lleva más de cuatro siglos en la casa y aún no ha aprendido a tomar un encargo en condiciones...

ANA.- Y a ese paso, ni en tres siglos más...

(JERÓNIMO se levanta, y muy correcto se acercará a las dos.)

JERÓNIMO.- Perdonen. He oído casualmente cómo el camarero las nombraba, y creo, si no me equivoco, que ustedes son doña Ana de Pantoja y su criada Lucía...

ANA.- (A LUCÍA.) Este debe de ser...

LUCÍA.- (Agresiva, a JERÓNIMO.) ¿Y usted quién es si puede saberse?

JERÓNIMO.- (Presentándose, con cierta ampulosidad.) Yo soy Jerónimo Zorrilla Pérez, nuevo en esta residencia y a su disposición para cuanto gusten mandar.

(LUCÍA se levanta encarándose a JERÓNIMO, que irá retrocediendo poco a poco según avanza el diálogo.)

LUCÍA.- Y a usted, ¿quién le ha dicho que yo sea una «empleada de hogar» que esté al servicio particular de nadie?

JERÓNIMO.- (Sorpresa.) ¿Cómo?... Mujer, todo el mundo sabe...

LUCÍA.- ¿Qué sabe todo el mundo?

JERÓNIMO.- Que Lucía fue una criada.

LUCÍA.- ¿Una criada?...

JERÓNIMO.- Sí. (Peyorativo.) La criada infiel que vendió la honra de su señora por unas monedas de oro.

LUCÍA.- ¿Y eso quién lo ha dicho?...

JERÓNIMO.- (Muy digno.) Eso lo dejó escrito el padre de mi abuelo.

LUCÍA.- ¡Pues toma!

(Le suelta un tortazo.)

JERÓNIMO.- (Quejándose.) ¡Coño, qué guantazo!

LUCÍA.- Cuando veas a tu abuelo, se la das de mi parte.

(Vuelve a sentarse.)

¡Chica! ¡Qué tranquila me he quedado!

JERÓNIMO.- (Tocándose la cara sin saber qué hacer.) ¡Vaya un genio!... ¿Y esto qué quiere decir?...

ANA.- Eso quiere decir, don Jerónimo, que aquí se acaba de hacer una puntualización histórica. (Riéndose.) Mejor que un punto, diríamos que ha sido «un punto y coma». (Se ríen las dos con ganas.)

JERÓNIMO.- (Muy digno.) Pues no le veo la gracia.

ANA.- La gracia, o mejor dicho, la poca gracia la tuvo su abuelo, el tal José Zorrilla, que no supo atenerse a la realidad en cuanto escribió de la historia que nos afecta.

JERÓNIMO.- No puede ser... Debe de haber una equivocación.

ANA.- Pues no se preocupe que ya tendrá ocasión de ir aclarando todas sus dudas.

JERÓNIMO.- (**Dudando.**) Así quieres decir que Lucía...

ANA.- Lucía es prima mía por parte de padre, o sea, otra Pantoja, y si estaba en mi casa en la época de la historia, fue porque había venido a pasar las fiestas. Así que, ya ve cómo iba de atinado su abuelo el poeta...

JERÓNIMO.- Vaya, no sé qué decir... Estoy confuso...

LUCÍA.- ¿Sí, verdad? Pues mire. Una cosa que podría hacer es dar gracias a la Providencia por la suerte que tiene.

JERÓNIMO.- ¿Y eso por qué?

LUCÍA.- Porque ha cogido a Ana en un buen momento, que si la coge en otro, el guantazo que yo le di antes le habría parecido una caricia de angelito, comparada con lo que ella le estaba reservando para esta ocasión.

JERÓNIMO.- (**Aparte.**) ¡Joder, pues vaya genio que se gasta aquí la gente!

Escena III

JERÓNIMO, ANA, LUCÍA y BRÍGIDA; después JUAN y BUTARELLI.

Por el foro entra BRÍGIDA. Es muy mayor. Viste como de estar por casa y lleva una toquilla sobre los hombros. Trae en las manos una bolsa de labor con utensilios de hacer punto. Se dirige lenta y un tanto renqueante hacia el grupo.

BRÍGIDA.- (**Deteniéndose ante JERÓNIMO.**) Perdón, señor... ¿Sería usted tan amable?...

(JERÓNIMO se levanta.)

Es que está usted sentado en mi sillón favorito, y en ningún otro lugar me encuentro a gusto para hacer punto.

JERÓNIMO.- No faltaría más... Con su permiso.

(Se va junto al otro centrito y se sienta donde estaba antes. Toma una revista y hace como que lee, pero estando atento a cuanto se dice en el grupo.)

LUCÍA.- (A BRÍGIDA.) ¿Qué? ¿Cómo va ese punto?

BRÍGIDA.- Mira, poquito a poco... Ya está casi acabado, pero la verdad es que también poco a poco me voy quedando sin ganas de hacer más punto. Me parece que me quedan ya muy pocos jerséis que hacer...

LUCÍA.- Calle, calle, que aún ha de hacernos jerséis a todas, y por mucho tiempo.

BRÍGIDA.- Ya veremos, ya veremos. **(Pausa breve.)** ¿Qué! ¿Y qué dicen por allá arriba?... ¿Habéis oído alguna cosa nueva?

LUCÍA.- Pues no sé. El último comunicado que llegó hasta nosotras no resultó muy novedoso... Así que seguimos a la espera de nuevas resoluciones.

BRÍGIDA.- O sea, que sin pena ni gloria.

LUCÍA.- ¡Nunca mejor dicho!

(Entra JUAN por el foro trayendo una madeja de lana. Va directamente al grupo.)

JUAN.- (A BRÍGIDA.) Doña Brígida...

BRÍGIDA.- ¿Sí?...

JUAN.- Le traigo la madeja de lana que necesitaba. **(Se la da.)**

BRÍGIDA.- Gracias, hijo...

JUAN.- (A LUCÍA y ANA.) En Administración me han dicho que requieren su presencia...

LUCÍA.- Algún trabajito extraordinario. Como si lo viera. ¡Desde que se ha fastidiado el ordenador!...

ANA.- (**Levantándose.**) Pues vamos a ver qué quieren de nosotras.

LUCÍA.- (**Levantándose también.**) (A JUAN.) No te olvides de llevar a la tintorería la chaqueta azul de botones metálicos que te dije ayer.

JUAN.- Descuide que hoy mismo quedará eso resuelto.

ANA.- (A BRÍGIDA.) Hasta luego...

LUCÍA.- (A BRÍGIDA.) No tardaremos mucho en volver...

BRÍGIDA.- Adiós, hijas.

(Salen por el foro.)

(JUAN las deja pasar y después hace mutis también.)

JERÓNIMO.- (**Aparte.**) El criado ha llamado Brígida a la vieja... ¿Será esta la alcahueta?... La traza que tiene no es de eso, pero, vieja, Brígida y aquí... (**Mirando hacia el foro.**) Si estuviera cerca Butarelli... (**Dudando.**) Tendré que hacerme el ánimo y preguntarle directamente. Pero, ¿cómo lo hago para no patinar?... ¡Después de la experiencia anterior ya no me fío!

(Se levanta y va hacia ella.)

¡Señora!...

BRÍGIDA.- (**Dejando de hacer punto.**) ¿Sí?...

JERÓNIMO.- Perdone que la moleste... ¿Su nombre es Brígida?

BRÍGIDA.- Sí, señor... Pero siéntese, siéntese, por favor. Y disculpe que antes le hiciera levantarse, pero es que son

tantos años los que llevo sentándome en el mismo sitio que ya no me encuentro bien en ningún otro.

JERÓNIMO.- (Sentándose.) No tiene por qué disculparse... Verá. Yo, si no le molesta, querría hacerle unas preguntas para aclarar algunas ideas, que me resultan un tanto confusas de poco tiempo a esta parte.

BRÍGIDA.- Si está en mis manos poder ayudarle, considéreme a su disposición...

JERÓNIMO.- Muchas gracias... ¿Usted conoce a Inés de Ulloa?

BRÍGIDA.- ¿A Inés? Por supuesto que sí.

JERÓNIMO.- ¿Desde hace mucho tiempo?

BRÍGIDA.- ¡Ya lo creo! Desde que era de pañales.

JERÓNIMO.- Entonces, seguro que usted fue su ama... la que la cuidaba en el convento.

BRÍGIDA.- (Extrañada.) ¿En qué convento?

JERÓNIMO.- ¿No estuvo Inés en un convento?

BRÍGIDA.- ¡Ah, no! Usted está mal informado...

JERÓNIMO.- Oiga. Si Inés no estuvo en un convento, ¿de dónde la sacó don Juan contando con su ayuda?

BRÍGIDA.- ¿De un convento y don Juan? ¡Ay, madre! ¡Me parece que usted ha leído el Tenorio!

JERÓNIMO.- (Ponderativo.) Por supuesto que he leído el Tenorio. Y no una, sino cien veces. Y otro buen puñado de trabajos que avalan la seriedad y rigor de cuanto contiene la obra...

BRÍGIDA.- ¡Cagarneras brasileñas!

JERÓNIMO.- ¿Cómo?...

BRÍGIDA.- Quiero decir, joven, que ni rigor ni seriedad.

JERÓNIMO.- No la entiendo...

BRÍGIDA.- Mire. Inés no estuvo nunca en un convento. Más que nada porque Gonzalo, su padre, estaba de uñas desde hacía años con el Secretario del Arzobispo por un asunto de propiedad de tierras. El Arzobispado quería hacerse con una finca que era de la familia de toda la vida,

para ampliar un huerto de naranjas nável que tenía en usufructo, y del que sacaba una buena cantidad de dinero. Gonzalo no estaba dispuesto a ceder en el negocio, y mucho menos a regalar dos hanegadas de tierra que él sabía que en un futuro tenían que valer una pasta...

JERÓNIMO.- (Con cara de haba.) Señora, de verdad que no sé de qué me está hablando.

BRÍGIDA.- (Sin hacerle caso.) En el vecindario sí éramos bastante criticados porque sólo de tarde en tarde asistíamos a los actos religiosos, y así y todo, siempre a escondidas de Gonzalo, porque él decía que si alguien de la familia se mostraba sumiso a la gente del Clero, en cuanto nos descuidásemos ellos se harían con el huerto, e incluso algunas otras tierras que también apetecían al cura aquel, que sólo pensaba en acaparar toda la cosecha de naranjas del término municipal, no sé si con la idea de conseguir una denominación de origen...

JERÓNIMO.- ¡Jo! (Aparte.) ¡Está como una olla de grillos!

BRÍGIDA.- ... y como podrá comprender, habiendo problemas de intereses entre la casa de los Ulloa y la Curia, no era cosa de que Inés estuviera en un convento...

JERÓNIMO.- (A punto de reventar.) ¡Será posible!

BRÍGIDA.- Claro que, como la educación era algo que debía cuidarse, Inés estudiaba con una maestra que vivía en la casa de al lado, y que además se conformaba con poca paga, porque nos debía algún que otro favor. La mujer enseñaba bastante bien. Y...

JERÓNIMO.- (Cortando.) ¡Basta!, por favor.

BRÍGIDA.- (Sorprendida por el corte.) ¿Qué dice?...

JERÓNIMO.- Que haga el favor de parar. Yo no sé qué historieta de tebeo me está usted contando, pero eso no contribuye a aclarar las dudas que tengo, ni mucho menos a aportar luz a los hechos de la historia que nos ocupa.

BRÍGIDA.- Mire, joven. Aquí no hay más historia que la que yo le estoy contando.

JERÓNIMO.- ¿Sí?... ¿Y lo del rapto?

BRÍGIDA.- ¿Qué rapto?

JERÓNIMO.- ¡Cómo que qué rapto! El de Inés por parte del Tenorio, en el que usted tuvo tan gran parte de culpa. En el que usted, por mezquinos intereses, abocó a la perdición a una joven hasta aquel momento pura e inocente.

BRÍGIDA.- (**Enfadándose poco a poco.**) Haga usted el favor de medir sus palabras, joven...

JERÓNIMO.- (**Ya embalado.**) No me hará callar, pues tal como me están contando las cosas, aquí parece que todos se han puesto de acuerdo para hacerme creer que estoy equivocado. (**Sentenciando.**) Usted, en un acto indigno, vendió la honra de Inés a un perdulario por cuatro duros. Usted dejó escrito para la posteridad su papel de celestina.

BRÍGIDA.- (**Asombradísima.**) ¿Celestina yo?

(**Se levanta renqueando y le pega un bolsazo en la cabeza con la bolsa del punto.**)

¡Toma, morral!

JERÓNIMO.- (**Sorprendido.**) ¡Señora!... ¡Joder, qué bolsazo!

(**Se levanta y huye hacia el foro, viendo la intención de BRÍGIDA de seguir agrediéndole.**)

BRÍGIDA.- (**Enfadada.**) ¿Pues no me ha dicho celestina este pájaro bobo? Ven aquí, hombre, ven aquí, que yo te arreglaré...

(**Entra por el foro BUTARELLI, que detendrá a JERÓNIMO en su huida.**)

BUTARELLI.- ¿Qué pasa aquí?

BRÍGIDA.- Cójalo, Butarelli... ¡Cójalo que no se escape!

JERÓNIMO.- (**A BUTARELLI.**) ¡Menos mal que ha llegado usted!

BUTARELLI.- (**Calmando a BRÍGIDA.**) Cállese,

señora... Calma a todos, por favor. (A BRÍGIDA.) Siéntese y tranquilícese, que usted no tiene el corazón para demasiados juegos. (A JERÓNIMO.) Y usted haga el favor de sentarse también.

(Se sientan ambos, uno frente al otro, donde estaban antes. BUTARELLI se queda en pie.)

(A JERÓNIMO.) Le dije antes que tuviera mucho tacto al hablar de ciertos asuntos literarios, ya que aquí los residentes están muy molestos con cuanto haga referencia al dichoso tema. Pero por lo visto...

BRÍGIDA.- Butarelli, ¿usted tiene idea de quién es este señor?

BUTARELLI.- ¡Ah!, ¿pero no les han presentado?...

JERÓNIMO.- No, a esta señora aún no...

BUTARELLI.- Bien. Este señor es un descendiente de José Zorrilla, y por supuesto, él no tiene ninguna culpa de lo que pudo hacer en vida su pariente.

BRÍGIDA.- ¡Ya! Pero respalda con toda contundencia las barbaridades que aquel tipo escribió. ¡Y me ha llamado celestina!

BUTARELLI.- Cállese... Él no puede conocer la verdad de los hechos. Precisamente para saberlo le han permitido venir aquí, y nosotros se la hemos de mostrar, pero poco a poco... Sin violencia. (A JERÓNIMO.) ¿Ve dónde estaba mi interés en que usted no tuviera prisa?

JERÓNIMO.- (Confuso.) Mire, yo sigo sin aclararme...

BUTARELLI.- No sea impaciente. Tómeselo con tranquilidad y verá como poco a poco lo comprenderé. Y sobre todo intente no provocar a los residentes... Ya verá como con el diálogo todo le resulta más claro. (Pausa breve.) Un asunto que está siglo y medio rodando por el mundo, que con evidente éxito literario existe en todas las bibliotecas, y que incluso ha estado representándose en todos los teatros de España cada noviembre, es cosa que no podrá aclararse por completo en un momento o en tres charlas... Dele tiempo al tiempo y tenga calma. Verá como todo se arregla. (A los dos.) Y ahora discúlpenme pero he de volver a la cocina. (Insistiendo a JERÓNIMO.) Hágame caso. (A

BRÍGIDA.) Y usted piense en su tensión, no vaya a darnos otro disgusto...

BRÍGIDA.- (Renegando.) Sí, la tensión... ¡Buena estará mi tensión!

(Se va BUTARELLI por el foro.)

(BRÍGIDA, tras unas miraditas desconfiadas, sigue haciendo punto. JERÓNIMO vuelve a su lugar primitivo refugiándose en el hojeo de las revistas.)

Escena IV

BRÍGIDA, JERÓNIMO, ANA y LUCÍA; después INÉS, LUIS, JUAN y BUTARELLI.

Entran ANA y LUCÍA trayendo unas carpetas de oficina. Van hasta el lugar donde estaban antes. LUCÍA se sienta. ANA, al ver el servicio aún sobre el centrito, se muestra contrariada.

ANA.- ¡Será posible!... Aún no han retirado el servicio. **(Llama por el interfono con voz agria.)** ¡A ver si viene alguien pronto a retirar esto! **(A BRÍGIDA.)** Está visto que, en cuanto se deja suelta a esta gente, se desmanda.

BRÍGIDA.- Y que lo digas, hija.

(ANA se sienta, abre la carpeta y empieza a repasar unas hojas que saca de ella. Otro tanto hará LUCÍA.)

(Enseguida entra LUIS y va directamente a retirar el servicio.)

LUIS.- Perdone la señora...

ANA.- (A LUIS muy crítica.) Está visto que de vosotros no sacaremos provecho, ¿eh?...

LUCÍA.- (Sentenciando.) Y también está claro, ¡que no se le pueden pedir peras al olmo!

ANA.- (Rematando.) Y menos aún, cuando en vez de un olmo se es un alcornoque.

(Se ríen las dos.)

BRÍGIDA.- (Aparte.) ¡Estas chicas!...

(Entra INÉS. Viste a la última moda pero «más» en todo. Si se lleva falda corta, más corta, si el peinado exagerado, más exagerado, si el maquillaje fuerte, más fuerte. Sus ademanes son decididos y atrevidos. Se ve que no tiene complejos. Detendrá a LUIS en la puerta cuando ya salía.)

INÉS.- ¡Eh, muchacho! No te vayas tan deprisa... Tráeme un «gin-fis» con bastante hielo, y dile al otro que venga.

LUIS.- Enseguida.

(Hace mutis.)

(INÉS se sienta junto a las otras, después de besarse con todas protocolariamente.)

ANA.- ¡Chica! Qué bien te sientan el peinado y el vestido.

INÉS.- ¡Bah! Corrientito...

BRÍGIDA.- No te está mal, ¿eh?... ¿Te lo has hecho tú?

INÉS.- ¡No, qué va! ¿No se ve en él la mano experta de un profesional?

BRÍGIDA.- (Dudando.) Mujer, si tú lo dices...

ANA.- (A BRÍGIDA.) Que usted no está al día... Si hiciera menos punto y viera más programas de la tele, seguro que no se asombraría por estas modas.

BRÍGIDA.- Puede que tengas razón, pero a mí la tele no me va mucho...

INÉS.- Se entiende... Pues de un programa pop es precisamente de donde he sacado este modelito.

LUCÍA.- A mí me gustaba más el que llevabas la semana pasada, te hacía más joven.

INÉS.- ¿De verdad?... ¡Qué «ilu»!

BRÍGIDA.- **(Consecuente.)** ¡Cualquiera que os oiga hablar de edad!...

INÉS.- ¿Y vosotras qué hacéis? ¿Ya os han largado otra faena para hacer horas extraordinarias?

ANA.- Son cosas de la informática... Al ordenador que se le ha quemado un circuito integrado. **(Pausa breve.)** Ya ves, cuando no habían ordenadores, con una docena de funcionarios de plantilla en Administración, se llevaba esto sin problemas, y ahora, con tanta técnica, tanto progreso, y tanto periférico ergonómico, siempre dando trabajo a quien pueden pillar...

LUCÍA.- Es normal. La explicación está en que a esa docena de empleados de plantilla los despidieron cuando trajeron el ordenador.

INÉS.- ¿Los despidieron?

LUCÍA.- Quiero decir que los cambiaron a otro sitio, y ahora resulta que en Administración se han quedado sin gente.

INÉS.- Eso sólo podía pasar aquí. Porque, mira... **(Con sorna.)** ¡Que la Administración esté falta de personal!...

LUCÍA.- ¡Cosas del Cielo!...

INÉS.- **(Reparando en JERÓNIMO.) (Confidencial.)** ¿Y ese quién es?, ¿el de marras?... **(Saca un cigarrillo del bolso, enciende y fuma mientras interpreta.)**

ANA.- Sí; el que esperábamos.

INÉS.- ¿Y habéis tenido ya algún contacto con él?

ANA.- Lo que se dice «contacto», sólo con esta, que no ha dejado pasar la ocasión de «premiarle» por su calificación de «empleada doméstica».

INÉS.- ¡Chica, eso se avisa! Con lo que me habría gustado estar presente en esa ocasión...

LUCÍA.- No vayas a pensar que ha sido nada del otro mundo.

INÉS.- ¡Ah!, ¿no?

LUCÍA.- Bueno, «del otro mundo» sí. Pero no muy especial quería decir.

INÉS.- ¡Ya!

BRÍGIDA.- **(Perdida.)** Luego cuando podáis, ya me lo explicaréis...

(Entra LUIS con la consumición. La sirve en el centrero y espera en silencio.)

INÉS.- **(A LUIS.)** ¿Le has dicho al otro que venga?

LUIS.- Sí, señora.

INÉS.- Entonces, ¡ale! Ya puedes marcharte. ¡Desaparece!

(Da dos palmadas y LUIS sale a toda prisa. Enseguida entra JUAN que permanecerá quieto junto al grupo, esperando.)

JUAN.- **(Con temor.)** ¿Me llamaban las señoras?

INÉS.- Te llamaba yo, alma de cántaro. ¿A ti quién te hizo tan «especial»?... De los encargos que te confié ayer no has acertado ni uno. **(Pausa breve.)** En vez de verde, me trajiste el hilo rojo, el esmalte de uñas transparente en vez de rosa, y olvidaste la laca para el pelo... ¿Qué hacemos contigo, «tío»?

JUAN.- **(Turbado.)** Es que había tanta gente en el economato y hacía tanta calor, que me turbé, y me entró un mareo tremendo.

INÉS.- **(Con sorna.)** ¡Así que un mareo!, ¿eh? Pues a ver como te las arreglas para devolverlo todo y traer lo que te pedí, ¿vale?

JUAN.- Sí, señora.

INÉS.- Pues venga, «tronco». ¡A la faena!

JUAN.- Ya, ya voy... Con el permiso de la señora...

(Se va por el foro.)

LUCÍA.- Pocas veces encontraremos un hombre más inútil que este... Y por mucho que le prediques, no hace una a derechas.

BRÍGIDA.- Vosotras es que no le entendéis... A mí me trae siempre lo que necesito.

LUCÍA.- ¡Pues qué suerte!

BRÍGIDA.- La gracia está en como se le piden las cosas. Si lo que quiero es que me traiga una madeja negra, se la pido blanca, y viceversa, y como siempre se equivoca, no me falla una.

ANA.- (Riéndose.) No es mal sistema.

LUCÍA.- Mujer, eso lo tengo que probar yo a la próxima, a ver si me da resultado...

INÉS.- Arregladas estamos con las pavos estos que nos han caído en suerte.

(Toma un trago de su bebida y deja el vaso en el centríto.)

(A JERÓNIMO.) ¡Eh, maestro!

JERÓNIMO.- (Dando un alto.) ¿Es a mí?

INÉS.- A usted.

JERÓNIMO.- Usted dirá. (Se incorpora y la atiende sin levantarse.)

INÉS.- Así que usted es el residente últimamente incorporado... El literato, ¿no?...

JERÓNIMO.- Sí, señora.

INÉS.- ¡Mira, me alegro! Porque ya tenía ganas de conocerle...

(Levantándose va a su encuentro.)

Usted no sabe quién soy yo, ¿verdad?

JERÓNIMO.- **(Receloso.)** No, no tengo el gusto... **(Se levanta.)**

INÉS.- Pues soy Inés de Ulloa.

JERÓNIMO.- ¿Inés?... **(De la sorpresa cae sentado.)**

INÉS.- Sí, hombre. Inés... ¿Qué esperaba usted encontrar?, ¿una gata pánfila y subnormal?... ¿Una mustia hasta la exageración, cayéndose de boba, tal como la describió su abuelo? **(Pausa breve.)** Pues ya ve que no. Inés es una mujer normal como todas las mujeres, como Ana, como Lucía, y como todos los millones de féminas que pueblan la tierra... ¡Qué! ¿Qué tiene usted que decir?

(JERÓNIMO se levanta molesto, e interpretará desde su sitio.)

JERÓNIMO.- Que me parece que aquí, entre todos, han hecho una confabulación en mi contra; porque no es posible que unos personajes resulten tan distintos de los otros... Es imposible reconocer la historia a través de los papeles que se empeñan ustedes en representar... Aquí hay algún motivo que se me escapa, por el cual están dispuestos a deshacer una historia. ¡Un mito universal!

INÉS.- ¡Tú lo has dicho, muchacho! ¡Un mito! El mito más grande que jamás se ofreció a la humanidad. Un mito que ha hecho aparecer a la mujer más simple de cuanto nunca pudo ser, y más inútil de cuanto nunca se pudo pensar que fuera... Un mito que presenta a la cándida como boba, y a la lista como desvergonzada... Un mito machista, para halagar el ego masculino, para engañar a los hombres haciéndoles creerse a sí mismos más machos, más altos y más guapos, a costa de la imagen de la mujer...

JERÓNIMO.- **(Dolido.)** ¡Ese juicio no es justo!...

INÉS.- ¡Ah!, ¿no?

JERÓNIMO.- Claro que no. Porque su exposición está presentada por una mujer, y hace juicio de la parte que le corresponde. Pero la historia contempla un puñado de personajes diversos, y precisamente los masculinos, que son los que más tienen que decir de cuanto pudo ocurrir en el hecho histórico, no han tenido oportunidad de defenderse ante sus denuncias.

INÉS.- (**Enfadándose y elevando el tono progresivamente.**) ¿Quiere decir que cuanto yo he dicho carece de valor para usted si no hay testimonios del sexo contrario? ¿Entiendo que ha de llegar el concepto machista hasta el punto de no dar crédito a una exposición por el hecho de que lo haya expuesto una mujer?

JERÓNIMO.- No, yo no he dicho eso, yo lo que quiero decir es que aquí sólo han aparecido mujeres que han manifestado su parecer, y que han contado su versión de los hechos, pero, ¿y los hombres?... ¿Dónde están los personajes masculinos del drama?...

INÉS.- ¡Los hombres! ¡Así que preguntas por los hombres! ¡Los héroes de la película!... Pues ahora los verás. (**Llama a través del interfono.**) ¡¡Atención!! ¡Todos al salón! (**Pausa breve.**) (A JERÓNIMO.) Así que quieres ver a los hombres, a los «principales» actores del drama... A aquellos valientes aventureros, maestros en conquistas amorosas... Descuida entonces, que vas a conocerlos.

(**Van entrando LUIS, JUAN y BUTARELLI. LUIS y JUAN se quedarán en segundo término, quietos; BUTARELLI junto a la puerta del foro.**)

BUTARELLI.- ¿Nos llamaban?...

INÉS.- (A JERÓNIMO.) ¡Ahí los tienes!... A Butarelli ya lo conoces, y él fue el único a quien tu abuelo trató con algo de imparcialidad, porque no le asignó un papel excesivamente determinante... Los otros ahí están. (**Señalándolos.**) Este es Luis Mejía, camarero del hostelal antes y después de la historia... Y este «pavo», Juan Tenorio (**Con sorna.**), que ya podrás imaginar, por la pinta que tiene, la cantidad de corazones femeninos con que podría contar para completar aquellas listas kilométricas de conquistas y amoríos...

JERÓNIMO.- (Confundido.) ¡No puede ser!...

INÉS.- ¿Que no puede ser?...

ANA.- Ya lo creo que es, amigo Jerónimo. Esa es la realidad de una historia inventada para satisfacer a los hombres, en una época en que serlo o parecerlo era el mejor premio al que podían aspirar en el mundo, a costa, por supuesto, del siempre vilipendiado sexo débil... El autor no tuvo ningún reparo en utilizar a la mujer para esos fines, tratándola del peor modo que pudo. Ya ve, presentando a una (**Irá señalándolas.**) como a una criada infiel, capaz de vender a quien fuera por dinero, y por encima de cualquier afecto personal... A otra, convirtiéndola para la posteridad en modelo de proxenetas, en un ente capaz de lanzar al abismo la pureza de una joven inocente... Y a otra, inmolándola, como cordero expiatorio de tantas culpas acumuladas a lo largo de la vida de un crápula... Ese es el uso indigno que su pariente hizo de estas mujeres que aquí ve. (**Pausa breve.**) Pero al fin, está el tiempo que todo lo cambia y muestra la realidad tal cual es, presentando a las personas como son de verdad, con sus méritos y sus defectos... Sin trampa ni cartón.

INÉS.- (A JERÓNIMO.) No dirás que la exposición brindada por los «intérpretes» de la historia no ha estado bien razonada... ¡Qué! ¿Te ha parecido instructiva la lección?

JERÓNIMO.- (Pensativo.) Nunca habría imaginado que la historia hubiera podido suceder así...

LUCÍA.- Pues así fue. Una idea literaria bien resuelta, pero montada sobre una base falsa. (**Reconviniéndole.**) Y nada de criadas infieles vendedoras de honras, ¿eh?

INÉS.- (Con el mismo tono.) Ni fantasías quiméricas de corazones desfallecidos y voluntades anuladas.

BRÍGIDA.- (Igual.) Y como ya le dije antes, nada de conventos, ni raptos, ni puñetitas, ¿eh?...

ANA.- Ya ve que no hay que fiarse por completo de lo que los demás nos cuentan, cuando no tenemos a mano otros argumentos que poder contrastar. (**Pausa breve.**) Al fin y al cabo no ha pasado nada, por más que ahí quede el Tenorio, que seguirán leyendo miles de personas y se continuará representando quién sabe hasta cuando... Pero, bueno es también que conste el testimonio de una justa reivindicación femenina, por tanto como se ha injuriado a la mujer...

JERÓNIMO.- (Pensativo.) Sí. Tienen razón... Debe constar.

INÉS.- (Satisfecha.) ¡Hombre!... ¡Le ha costado pero por fin lo ha comprendido!

JERÓNIMO.- Sí... Pues por los hechos presumo
que injurias se han cometido,
téngase por conocido
que el autor hoy sólo es humo.
Por mi abuelo he de pagar
lo que hizo a la mujer,
y excusado el proceder
pueda por fin descansar.
Y si resulta verdad
que un acto de contrición,
da a un hombre la salvación
por toda la eternidad...
mis disculpas aquí están
y acepto la penitencia;
yo os solicito clemencia
para el autor de *Don Juan*.

(Va cayendo lentamente el telón.)

FIN DE LA COMEDIA